

¿Modernidad o Postmodernidad en la juventud?. Reflexión socioteológica

*Juan Hernández Pico, sj**

El interrogante de este título encierra y a la vez genera la problemática de si podemos hablar de la postmodernidad como una ruptura epocal con la modernidad, o al hablar de la postmodernidad estamos únicamente hablando de una nueva etapa de la modernidad que incluye ciertos desarrollos novedosos, especialmente culturales e identitarios, pero que son sólo evolutivos y no auténticamente revolucionarios. Xavier Gorostiaga, nuestro amigo jesuita fallecido en 2003, solía insistir con notable convicción que lo que estábamos viviendo desde 1989 más o menos no era simplemente una “época de cambios” sino “un cambio de época”. Sin embargo, hablaba al mismo tiempo de una “transición civilizatoria”. En esa especie de ambigüedad denominadora -una especie de “nombre de la rosa”- se encierra también el interrogante inicial de este aporte.

La desconfianza del futuro y el hundimiento en el presente

Es indudable que la así llamada postmodernidad presenta una serie de cambios culturales que la distinguen en cierto sentido de la modernidad. El primero y más importante de todos es la desconfianza del futuro y el hundimiento en el presente. En mucha parte de la juventud de hoy el futuro no tiene mucha importancia. Incluso algunas de las personas más entregadas a un trabajo altruista, terminan sus mensajes de comunicación en la red con aquel significativo *carpe diem* del poeta. Lo valioso para estas personas es consolar *hoy* el dolor de una persona, besar hoy a un niño o una niña desamparados, dar de comer hoy a un campesino hambriento sin tierra, llevar hoy al hospital a un enfermo sidótico angustiado, recoger hoy a un moribundo de la calle

* Jesuita. Trabaja en la Plataforma de Servicios al Mundo Indígena. Escritor. Colabora con Diakonia.

para que pase tranquilo sus últimas horas, condolerse hoy con los parientes de una amiga fallecida por sobredosis de droga. Sin embargo, aventurarse a escarbar en las raíces del dolor de aquella persona para que pueda vivir con sus heridas sin desesperación en el futuro, proyectar una búsqueda de soluciones profundas para el desamparo de aquellas niñas, diseñar las herramientas de trabajo, tierra, crédito, técnica, comercio y solidaridad que puedan hacer desaparecer el hambre de aquellos campesinos, contribuir permanentemente a las campañas que puedan disminuir la amenaza del SIDA para tantas personas, comprometerse con el desarrollo humano que pueda prevenir la agonía prematura de tantos moribundos, y entrar en la lucha por la legalización del mercado de las drogas juntamente con el fuerte impuesto a su compraventa o entrar en la lucha contra el capital delincuencial que desde lejos mata a quienes mueren por sobredosis, todo eso no tiene tanto valor, no despierta el entusiasmo de mucha parte de la juventud. De ahí el triunfo del voluntariado por uno o dos años -incluso lejos de la patria- sobre la dedicación generosa de por vida. Evidentemente los contrastes están agudizados y dibujados con imágenes extremosas para resaltar el cambio que queremos realzar. La juventud postmoderna -en la medida en que exista con estos rasgos contrastados- no escribiría hoy *El Principio Esperanza* ni se entusiasmaría con su lectura, porque la esperanza es una señora anciana, madurada por la paciencia, que ha invertido a largo plazo y en un saco en apariencia roto, o al menos sin fondo.

El desprecio por la herencia y la memoria y el aprecio por la diferencia y el olvido

El segundo rasgo de la postmodernidad en contraste con la modernidad es el desprecio por la herencia y la memoria y el aprecio por la diferencia y el olvido. Una vez más, es el presente lo que cuenta, mientras que el pasado no importa mucho. El pop, el rock duro, la salsa o el reggae, se escuchan a golpe de altísimos decibelios y se bailan con pasión durante noches y días enteros, mientras sólo una pequeña parte de la juventud conecta ya con la balada, el tango o el bolero de los abuelos, y mucho menos con los valeses o la música clásica de los tatarabuelos. Han pasado quince o más de veinte años desde las grandes masacres del Ejército en Guatemala, y la juventud se maravilla

cuando alguien logra romper con ellos la barrera del sonido y descubrirles el drama goyesco de anteayer. Picasso, Joyce, Pablo Neruda, Miguel Angel Asturias, Le Corbusier, Andrés Segovia o Villalobos, carecen de resonancia en el repertorio artístico de hoy, donde hasta Frank Sinatra, Roberto Carlos, Mercedes Sosa o Pablo Milanés son momias interesantes sólo para los arqueólogos; nada que sea más viejo que Ricardo Arjona, Mik Jagger, Bono, las Spice Girls, Juanes o David Bisbal despierta ecos en mucha parte de la juventud; y tal vez sólo Harry Potter se lee, cuando se tiene todo el pisto necesario para comprarlo. Tikal, Mixco Viejo, Iximché, Saq'ulew, no resisten la competencia del IRTRA, de Monte Rico, de Amatique Bay, del Puerto o de Río Dulce, cuando no de Miami o Disney World. El Ché Guevara ya no es el revolucionario que quiso extender la revolución de la justicia social y la igualdad desde Cuba a toda América Latina y al Tercer Mundo y dio su vida en esa gesta, sino una especie de astro de la New Age brillando sobre las camisetas de los mismos fanáticos que podrían llevar en ellas la imagen de Ronaldo, de Madonna, de Jennifer López o de Lance Armstrong. Jesús no es ya Jesús de Nazaret con su palabra tajante sobre la realidad de la hipocresía, la injusticia humana, y la imagen de Dios; con su acción inmediata contra los demonios de la marginalidad y la exclusión; con su muerte coherente con su vida, su resurrección que resucita "a este Jesús que ustedes mataron", y que envía a un Espíritu de valentía y constancia que enseña "a obedecer más a Dios que al poder"; no, Jesús es un logo sobre una playera, un amor sin riesgo ninguno, gritos parecidos a los de las discotecas, y tal vez el mejor de los anestésicos para dormir mientras la realidad gime, clama y se rebela. Naturalmente los contrastes siguen siendo violentos y tal vez no exactos.

La fragmentación que se contrapone a la totalidad

El tercer rasgo de la postmodernidad en contraste con la modernidad es la fragmentación que se contrapone a la totalidad. Aplicada sobre todo al sentido, la vemos funcionar también bajo la tiranía del presente. Tiene sentido en sí misma la primera relación sexual adolescente. Tiene sentido el día en que por primera vez fumé la pipa del crack, me inyecté la ampolla de heroína o tragué las pastillas de síntesis o las anfetaminas. Tienen sentido el balazo que le pegué a mi

vecino del barrio marginal periférico, el tatuaje con que me adorné y la muchacha que violé por la noche, mientras durante el día fui con traje y corbata a la ONG que me ha “recuperado”. Tienen sentido el partido de basket que gané con la última canasta que encesté y el diploma que conseguí. Tiene sentido el Camino de Santiago que recorrí llenándome de monte, de sol y de mar, y el beso que le mandé a la Virgen de Guadalupe después de recorrer de rodillas la explanada y la Basílica. Tiene sentido el primer traje de empresaria con que trabajé el primer día que entré a mi empresa. Tienen sentido la casa que me compré y el hombre con quien me casé. Tiene sentido que como Papa gobierne casi en silencio desde el Vaticano y también que participe en el mega acontecimiento de Colonia. Tiene sentido que viva “sentado a la sombra de mi realidad” -como diría Facundo Cabral- y que sueñe al abrigo de seis o siete tragos. Tiene sentido que me derrumbe fulminado por un infarto y que platiquen de negocios mientras me velan. Cada cosa tiene sentido. Pero no hay una cadena de sentido, una totalidad holística que defina el sentido de una vida y de una muerte. O si lo hay, a mí qué me importa. Para encontrarlo hay que ensamblar los fragmentos vividos o muertos de mi vida. Pero no sé si vale la pena armar el rompecabezas. Al fin y al cabo tal vez es mejor vivir al día los fragmentos, sin pasado y sin futuro. *¡Carpe diem!* Una vez más privilegiamos la exageración de los contrastes.

El desencanto con las utopías y el encanto del fin de la historia

El cuarto rasgo de la postmodernidad en comparación con la modernidad es el desencanto con las utopías, y la sensación o convicción de que después de esto -la caída del Muro de Berlín- ya no hay nada que vivir, nada en que creer, nada que amar ni que esperar, porque en realidad estamos celebrando el fin de la historia y lo que toca es gustar sus placeres o acostumbrarse a sus sinsabores. Se acabó el mito del progreso y con él se acabó la expectativa de que podemos avanzar en la historia del planeta. Se acabó el mito de la libertad y con él se acabó la ilusión de que podemos independizarnos del imperio y de las grandes potencias y del encanto de la publicidad, y de la seducción del dinero. Se acabó el mito de la igualdad y con él se acabó la más típica aspiración de la izquierda y la probabilidad de diseñar y practicar otra política que no sea la de “la tercera vía”, la vía de la satisfacción con

lo que ya hemos logrado o de la resignación con lo que no pudimos lograr. Se acabó el mito de la fraternidad, y con él se acabó el sueño de no mirar los de arriba de arriba a abajo a los de abajo, y los de adentro de adentro a afuera a los de afuera, y los de una lengua con disgusto y extrañeza a los de otra lengua, y los de una nación con superioridad y con miedo a los de otra. Como dice Stuart Hall, vivir en lo de después, es vivir en el final, sin que haya historia ya, y esta afirmación del “final de la historia” “está en el corazón del postmodernismo” (Morley...:141). Y todo ello se vincula íntimamente con la falta de fe en la gente llana y sencilla, en las mayorías, en lo que la tradición de izquierda llamó las masas, que, según Baudrillard, uno de los sumos sacerdotes de la postmodernidad, ya no son –ni serán nunca más– una fuerza “explosiva” porque se han vuelto para siempre una fuerza “implosiva” (Morley...:139).

La desconfianza por los “grandes relatos”

El quinto rasgo de la postmodernidad en contraste con la modernidad es la desconfianza por las largas explicaciones de alto vuelo con énfasis en la racionalidad de la vida y de la historia. Dicho con otras palabras de los mismos postmodernos -Lyotard, por ejemplo- se trata de la desconfianza, según Stuart Hall, por los “ ‘grandes relatos’ sobre el progreso, el desarrollo, la Ilustración, la racionalidad y la verdad” (Morley...: 228), el primero de todos la *Biblia* hebrea o el Antiguo y el Nuevo Testamentos, y luego, por ejemplo, el *Contrato Social* de Rousseau, las *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia* de Hegel, *El Capital* de Marx, *La Teoría de los Sueños* de Freud, *La Ética Protestante* y el *Espíritu del Capitalismo* de Weber, *La Dialéctica de la Ilustración* de Adorno y Horkheimer, *El Ser y la Nada* de Sartre, la *Teoría de la acción comunicativa* de Habermas, la *Teología de la Liberación* de Gutiérrez, La Era de la Información de Castells, etc., etc., así como sus resonancias en las predicaciones cristianas desde iglesias, templos y sinagogas, o en las cátedras universitarias de Oxford, París, Bolonia, Harvard, Berkley, la London School of Economics y tantas otras, así como en los programas de la socialdemocracia o del liberalismo. En realidad, la vida y la historia no serían racionales, no tendrían explicación, deberían vivirse y realizarse en forma de “pequeños relatos”, al modo de secuencias filmicas sin concatenación, cuya belleza u horror subsistirían por sí mismas sin poder apoyarse en la Fe y la teología o en la Razón y en la

filosofía ilustrada. Las Iglesias cargarían con la paradoja del mandamiento del amor y de las Cruzadas, la Inquisición o la quema de brujas. La misma Ilustración llevaría en sí la paradoja de la gloria de la Revolución Estadounidense o de la Revolución Francesa y -como dice Adorno- también el horror “de la línea que lleva de Nietzsche y Wagner a los campos de exterminio” (Morley...:229), en Auschwitz, Buchenwald, los Gulags, etc. Una vez más, la única solución es celebrar el presente o hacer duelo por él. Pero ni el presente continúa en el futuro ni el duelo rescata de la muerte. No se trata de dar sentido de todo en el absurdo, a la manera de los existencialistas, sino de vivir el sentido o, más frecuentemente, el sinsentido o simplemente la facticidad del momento. No es sólo que haya “tiempo de nacer y tiempo de morir..., tiempo de derruir y tiempo de construir, tiempo de llorar y tiempo de reír, tiempo de hacer duelo y tiempo de bailar..., tiempo de guardar y tiempo de desechar..., tiempo de callar y tiempo de hablar, tiempo de amar y tiempo de odiar, tiempo de guerra y tiempo de paz....(y) Dios da alcance a lo que huye” (Ecl 3, 1-17), sino es que además esa intermitencia de los diversos tiempos no tiene ningún sentido superior al de su propio balanceo. No hay ningún Dios ni ninguna paz universal alcanzables, que guarden en su misterio el sentido de esta alternancia de los tiempos humanos. Afirma Stuart Hall que, según los postmodernos, debemos afrontar “el colapso y la implosión del sentido” (Morley...:135).

El predominio de la estética sobre la ética

El sexto rasgo de la postmodernidad en contraste con la modernidad es el predominio de la estética sobre la ética. Donde reinaba en el siglo XIX, a través, por ejemplo, de las novelas de Dickens, un grito ético desde la miseria de la clase trabajadora en el primer capitalismo, reina hoy, en el neoliberalismo, a través de las políticas comenzadas por la Señora Thatcher y Ronald Reagan, una visión estética de la pobreza, la deconstrucción del imperativo ético de la justicia social y -por medio de la flexibilización e individuación del trabajo- la deconstrucción de aquellas instituciones -los sindicatos- que lucharon por ella durante siglo y medio. Para David Harvey, de ahí surge “una retórica que justifica la realidad de los sin techo, el desempleo, el creciente empobrecimiento, el desempoderamiento y otros fenómenos

similares, apelando a valores supuestamente tradicionales de orgullosa independencia y de espíritu empresarial” (Harvey: 336). La inmensa tragedia de los niños de la calle se vuelve arte cinematográfico en “La Ciudad de Dios”, mientras que el drama de la miseria mortal en las calles de Calcuta, donde lo encontró la Madre Teresa, se sublima también en la novela y la película que llevan el mismo nombre, “La Ciudad de la Alegría”. Algunos líderes del PT en Brasil prefieren asegurar la belleza del triunfo de Lula con sobornos y regalos de corrupción electoral tradicionales antes que arriesgarse a la pérdida de las elecciones en aras de la ética y la sencilla honestidad. Los tatuajes de las maras o pandillas realizan desde abajo, en los barrios marginales de Los Angeles o de Guatemala, la misma tarea de volver estética y justificable la violencia reactiva, que éticamente sería injustificable.

El triunfo de la imagen sobre la realidad

Finalmente, el séptimo rasgo de la postmodernidad en comparación con la modernidad es el triunfo de la imagen sobre la realidad, de la superficie sobre la profundidad. El mundo postmoderno es una fiesta de imágenes, una navegación por la oferta múltiple e interminable de sitios en internet, donde se puede vivir un perpetuo montaje de perspectivas, un collage de vivencias y experiencias que permiten vivir sin fijar los ojos en los retratos hasta descender al alma de las personas y de los tiempos. Ahí están los retratos de Rembrandt, Goya y Van Gogh frente a las tomas constructoras de imágenes de los rostros de Clinton o Bush en las campañas políticas. La primogenitura se vende hoy no por un plato de lentejas sino por unas zapatillas Nike, Adidas o Reebok. La dictadura de las apariencias está también en el corazón del modernismo. Siempre ha habido gente que ha querido vivir un matrimonio sólido y respetable mientras alimentaba un segundo frente cuidadosamente fuera de las apariencias. Siempre ha habido gente de buena familia arruinada que ha vivido en cascarones vacíos a los que les han cortado la luz y el agua, sólo por la adicción al esplendor externo de su hogar. Pero en la postmodernidad las imágenes pretenden ser *toda* la realidad. Detrás de ellas no existe ya ninguna realidad. Son sombras de la caverna de Platón pero sin realidades que las proyectan desde el mundo de las ideas. Es como un juego de sombras chinescas sin nadie que invente y arme el juego. En última instancia la construcción de la

imagen postmoderna implica la deconstrucción del alma. El rostro no quiere ser ya el espejo del alma sino sólo el aura que magnetiza y seduce.

¿Ruptura absoluta o nueva fase cultural?

Después de este recorrido por algunos de los rasgos fundamentales de la postmodernidad, cabe volver a plantear el interrogante con el que empezábamos este artículo. ¿Es la postmodernidad una ruptura con la modernidad o es sólo una nueva fase cultural e identitaria al interior de la modernidad?

Parece poco atinado resolver el interrogante a favor de la ruptura absoluta. Es evidente que el argumento más importante para esta ruptura es el desplome del socialismo realmente existente, es decir del estatismo pseudosocialista, con la caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989 y luego con el desmembramiento de la Unión Soviética y la transición de la Federación Rusa, de las tres Repúblicas del Báltico, de Ucrania y de prácticamente todos los demás exmiembros de la URSS, al capitalismo en diciembre de 1991. Pero aún en este terreno, la permanencia de la República Popular China -un 20% de la humanidad-, de Corea del Norte, de Vietnam y de Cuba no permite hablar de una ruptura absoluta. Desde el punto de vista tecnológico puede decirse que el capitalismo, uno de los dos sistemas económicos que han competido dentro de la Modernidad -el otro es el estatismo pseudosocialista-, ha experimentado un cambio importante desde el modo de desarrollo industrial al modo de desarrollo informacional, según el estudio de Castells. Y asimismo se ha experimentado la globalización del trabajo, de la empresa -desde su estructura vertical en serie hacia su estructura horizontal en red-, y sobre todo de la inversión financiera en los mercados del planeta. Pero siempre se mantiene el modo de producción capitalista. Nada de esto permite afirmar que se ha eclipsado la época de la racionalidad. Stuart Hall concede que "los grandes discursos de la Razón clásica y del actor o sujeto racionalista son más débiles en su capacidad explicativa que antes. Y también lo son las grandes cadenas evolucionistas aplicadas a algún movimiento teleológico, histórico y progresista" (Morley...: 138). Pero continúa y se pregunta: "En la era de la Alta Tecnología, de la economía corporativa, internacional, y de las redes globales de la comunicación, ¿qué significa

afirmar que la época del racionalismo ha finalizado -como no sea con una metáfora exagerada efectistamente?" (Morley...:138-39).

Modernidad, modernismo y postmodernismo, pero ¿Postmodernidad?

Parece importante distinguir entre modernidad y modernismo así como entre modernidad y postmodernismo. Modernidad sería la denominación cultural de la irrupción en la historia de la corriente de ideas de la Ilustración y del movimiento social que le dio fuerza en la historia de Occidente. Entendida así la Modernidad es una ruptura absoluta con la cultura medieval, y el Renacimiento y el Protestantismo son algunos de sus precursores transicionales. El Modernismo, en cambio es la denominación cultural de la irrupción al interior de la Modernidad de una corriente artística que intenta romper con una de las formas expresivas de la modernidad, el realismo. Cuando hoy se habla del Postmodernismo, estamos hablando de una denominación cultural de aquella irrupción histórica que intenta también romper, probablemente al interior de la Modernidad, con algunas (¿otras?) formas expresivas y normativas de la Modernidad. En 1968, que puede considerarse como el año precursor del Postmodernismo, los graffiti de la revolución cultural estudiantil, desde Berkley hasta Tokio pasando por Chicago, México, París, Madrid, Berlín, Praga y Moscú, formulan cosas como estas: "Hagamos el amor, no la guerra", "Está prohibido prohibir. La libertad comienza con una prohibición", "Abajo el realismo socialista, viva el surrealismo", "Socialismo con rostro humano", "¡La Imaginación al poder!", "La Poesía está en la calle", "Sean realistas, pidan lo imposible", "Si lo que ven no es extraño, la visión es falsa". "Lo sagrado: ahí está el enemigo", "Olvídense de todo lo que han aprendido, comiencen a soñar", "Desabrochen el cerebro tan a menudo como la bragueta", "Mis deseos son la realidad", "¡¡Roben!!" (pintado sobre las paredes de los bancos), "Decreto el estado de felicidad permanente", "El patriotismo es un egoísmo en masa", "¡Viva la comunicación!, ¡Abajo la telecomunicación!", "Dios, sospecho que eres un intelectual de izquierda", "No queremos un mundo donde la garantía de no morir de hambre se compensa con la garantía de morir de aburrimiento", etc., etc. Es importante percibir que en las consignas de los graffiti predominan las de contenido cultural e identitario, pero no deja de haber algunas antitecnológicas, políticamente revolucionarias -pacifistas y libertarias,

antisocialistas-, antirreligiosas y anticapitalistas. Una vez que se reconoce la vinculación con la Modernidad tanto de la economía política clásica como del marxismo, tanto del capitalismo como del socialismo, es inevitable reconocer al modernismo y al postmodernismo como vinculados también reactiva y proyectivamente con el capitalismo y con el socialismo. Pero sobre todo es necesario reconocer al Modernismo y al Postmodernismo como denominaciones culturales de ideas (aparentemente) subversivas y de movimientos sociales occidentales. Lo que no está tan claro es que el Postmodernismo sea una irrupción de ideas y haya fraguado en un movimiento social tan en ruptura con la Modernidad como para dar paso a la Postmodernidad. Es la Postmodernidad la que probablemente no existe. Lo que probablemente existe es el Postmodernismo dentro de la Modernidad.

Una nueva cultura occidental del Capitalismo Informacional

Tanto nos parece que las cosas están así que en realidad lo que vemos en el Postmodernismo es una nueva cultura occidental del Capitalismo Informacional. O como dice Jameson “la nueva lógica cultural del capital” – “la forma más pura del capital que ha surgido hasta hoy, una expansión prodigiosa hacia áreas aún no sometidas al poder del mercado” (Morley...: 228). Decimos “una” y no “la” nueva cultura, porque el Postmodernismo convive aún con el Modernismo y, en cierto sentido se puede considerar una exacerbación de aquél. Es difícil encontrar más fragmentación de sentido en el Postmodernismo que en la moderna esquizofrenia estudiada por Freud, o en los sueños arquetípicos interpretados por Jung, o en algunos de los cuadros de Picasso o en el *Ulises* de Joyce. Es difícil encontrar una utopía más finalizada en el derrumbe del socialismo eurooccidental que en las ruinas nucleares de Hiroshima o Nagasaki. Lo que sí es el Postmodernismo es una ilusión occidental, la ilusión de haber decretado la felicidad para el 15% de la humanidad que vive en la prosperidad del Capitalismo Informacional, en buena parte de la Unión Europea, en dos terceras partes de los Estados Unidos y en la mayoría del Japón y de los Tigres Asiáticos, así como en pequeñas partes de algunos países del viejo Tercer Mundo (India, Pakistán, Sudáfrica, Nigeria, Brasil, México, Argentina Chile, Perú, Venezuela, Colombia, los países centroamericanos, etc.). Cuál será el porvenir de esta ilusión -si se nos

permite plagiar a Freud- es otra cuestión. Lo que sí es cierto es que ha dado origen ya a nuevas identidades, algunas muy elitistas y otras ampliamente difundidas entre las juventudes que viven del voluntariado, o las que sueñan con el retorno de la magia y de los brujos, así como las que han decidido nunca más entregar sus cuerpos y sus almas a la conquista del futuro a costa del presente. Puede ser que otra parte importante de esa juventud haya seguido y vaya a seguir el camino de Daniel Cohn-Bendit, en 1968 estudiante líder radical en la revolución cultural de París y hoy eurodiputado por el partido de los Verdes, una vez más tratando de moldear el futuro, aunque talvez no a costa del presente. Finalmente, como dice Stuart Hall, para quienes viven no con la convicción del fin de la historia pero sí con la posibilidad de un “hecho radicalmente nuevo”, un inminente fin del mundo o de la humanidad —a través, por ejemplo, de una conflagración nuclear o de un calentamiento de la atmósfera, imprevisibles- “el amor y las relaciones humanas en el período postmoderno se sienten muy diferentes -más temporales, provisionales, eventuales” (Morley...: 134).

Los pobres son el lugar teológico para valorar al postmodernismo

¿Qué tiene que decir ante todo esto la teología? Lo primero que posiblemente tenga que hacer es asumir la contestación que, desde una ética no creyente formula al Postmodernismo Stuart Hall, representante notable de la Escuela de Estudios Culturales de Birmingham. “Tomemos el argumento postmodernista acerca del así llamado colapso o implosión de ‘lo real’. Tres cuartas partes de la raza humana no han entrado aún a la era de lo que nos agrada llamar ‘lo real’ ...Ya que la mayor parte de la humanidad no ha ingresado a la era moderna, ¿quiénes son aquellos que ‘no tienen ya ningún futuro por delante’?” (Morley...: 133-34). La teología cristiana debe alegrarse de encontrar en este jamaquino emigrado a Gran Bretaña un representante de la opción por los pobres *avant la lettre*, es decir desde un universo de sentido diferente del cristiano. Más importante que inculturarse dentro de las culturas postmodernas y dentro de las nuevas identidades que en ellas se incuban, es mantener la inculturación con la enorme multitud de los pobres y marginados de este mundo, que el Capitalismo Informacional - o lo que otros llaman “el último capitalismo”- mantiene marginados, desnutridos e incluso hambrientos, sin ningún tipo de alternativa

sistémica una vez que fracasó por ahora el intento de realizar el socialismo. Las mayorías excluidas y empobrecidas de este mundo son el lugar teológico desde el cual hay que valorar al postmodernismo y pedirle rendición de cuentas.

La generosidad de Dios trastorna los principios de la eficacia humana

En el Evangelio hay una parábola que toda la vida ha ocasionado problemas a nuestras generaciones, porque leída con los ojos de un tiempo moderno sensible a la justicia parece contener una gran injusticia: los obreros de la última hora reciben el mismo pago que los que han soportado “la fatiga y el calor del día” (Mt 19,30 - 20,1-16). Asimismo, leída con los ojos de un tiempo moderno sensible a la productividad, parece despreciarla: los obreros que trabajan una hora reciben el mismo salario que los que trabajan 10 o 12 horas. Finalmente, leída con los ojos de un tiempo moderno sensible a la méritocracia, la relega al último lugar, porque iguala a los que han producido menos con los que han producido más. En el tiempo y contexto en que fue incorporada a la última redacción del Evangelio de San Mateo, la parábola recordaba probablemente que los paganos que se incorporaban tardíamente a la fe en Jesucristo en las comunidades cristianas del último cuarto del siglo I, eran iguales que los judíos que habían sido sus primeros seguidores. Probablemente, antes, cuando Jesús la contó o cuando a partir de sus palabras fue reconstruida para las primeras redacciones del Evangelio, la parábola recalca que la llamada a incorporarse al movimiento de Jesús reconociéndolo como Mesías y como “Dios con nosotros” es absolutamente gratuita, dependiente sólo de la bondad de Dios. Tan paradójica esta última, que iguala a los pecadores con corazón roto con los que siempre se han creído rectos (véase Lc 15,3.11-32), y a “esa maldita gentuza que no conoce la ley” (Jn 7,49) -en último término a causa de su desempleo y su miseria- con los letrados, doctores de la ley.

Leída hoy en nuestro contexto, como todo texto evangélico debe ser leído para que adquiera una mayor capacidad de interpelación, la parábola podría ser, por decirlo así, mucho más postmodernista que modernista. Ya hemos indicado al comienzo de este párrafo que los valores que parece despreciar son valores de la Modernidad, en sus vertientes capitalista y socialista. Pero lo que en el fondo destaca es la subversión de la civilización del capital y la preferencia por la civilización del trabajo, de

las que hablaba Ellacuría (Ellacuría: 301). Un denario era el jornal -hoy diríamos el salario- pagado a un jornalero -hoy, un obrero del campo o la ciudad- para poder afrontar con él sus necesidades vitales. De manera que, si el dueño de la viña hubiera pagado a los trabajadores de la última hora menos de un denario, los habría condenado a pasar hambre juntamente con su familia. Además, en la parábola, no es el jornalero el que tiene que ir hasta el patrón para que lo contraten sino que es el patrón el que una y otra vez, a través de las diversas horas hábiles del día, desciende a la plaza pública para afrontar la situación de paro en que se encuentran los trabajadores, una situación de exceso de oferta de trabajo comparada con la demanda, es decir una situación propicia a la explotación. El patrón trasciende todo eso, supera las leyes del sistema y trabaja con una enorme generosidad, que puede costarle por lo menos la disminución de sus ganancias. No condena por haraganes a los trabajadores parados, de las horas intermedias hasta la última, a quienes nadie ha contratado, sino que simplemente les ofrece trabajo en su plantación: “¿Qué hacen aquí parados todo el día sin trabajar?”. Finalmente se extraña de que los primeros trabajadores resientan fuertemente que a los últimos les pague el patrón un salario que asegura la vida, el mismo que a ellos, y aunque la protesta es grupal les contesta personalmente, asumiendo su dignidad: “Amigo, no te hago injusticia: ¿no nos apalabramos en un denario? Pues toma lo tuyo y vete. Que yo quiero dar al último lo mismo que a ti.” La relación entre plantador y jornalero funcionó con libertad -“¿no nos apalabramos?”-.

El derecho a la igualdad se fundamenta en el derecho a la vida -un denario la asegura-. Cualquier trabajo merece al menos una retribución que asegure la vida. “¿O has de ser tú tacaño porque yo soy generoso?”.

La civilización del trabajo mantiene el horizonte utópico de la fraternidad, como mantiene el de la igualdad y el de la libertad. No los mantiene la civilización del capital. Desde este punto de vista, la inclinación postmodernista a transitar del romanticismo moderno al escepticismo postmoderno queda cuestionada. Hay todavía mucha historia por delante para intentar subvertirla. Claro que queda por ahí una frase de la parábola -que estamos tratando como alegoría y por eso le damos importancia a casi todos sus elementos- que nos pone

problema. El plantador le dice a los obreros de la primera hora que protestan: “¿O no puedo yo disponer de mis bienes como me parezca?” Evidentemente esta pregunta encaja más con el Dios que llama a pecadores y justos, a judíos y paganos, que con el Dios que afronta los problemas de la existencia diaria, las necesidades fundamentales de trabajo, de techo, de ropa y de alimentos. Pero, en último término, no podemos olvidar que el plantador de la parábola usa la libre disposición absoluta de sus bienes para favorecer a los últimos y no para explotarlos, para ser justo con los primeros y no para explotarlos, sino para incitarlos a solidarizarse con sus compañeros. La parábola, pues, leída hoy, posee una capacidad de interpelación que trasciende la controversia entre el modernismo y el postmodernismo porque a ambos cuestiona, y así convoca a la juventud y a todas las generaciones a vivir, desde sus raíces, la historia, subvirtiéndola.

La justicia y la confianza en el *carpe diem* cristiano

Sin embargo, hay un valor muy importante y rico en la cultura y en las identidades postmodernas. Y está presente también no pocas veces en la juventud. La Modernidad sacrificó -y continúa sacrificando- muchas veces el presente, es decir a las personas que viven hoy, en el altar del futuro. En nombre de un futuro de digna independencia y de libertad ha dejado esperando a los pobres y excluidos ya durante más de dos siglos. La utopía del capitalismo de mercado no ha sabido orientar hacia la solidaridad el incuestionable progreso de la humanidad. Por otro lado, en nombre de un futuro de justicia y de igualdad se cambió la suerte de millones de miserables por el avance simbólico de un partido o de un puñado de líderes burocráticos. La utopía del socialismo no supo orientar la entrega generosa de millones de personas hacia la libertad. La cultura postmoderna y las identidades sociales que en ella surgen ofrecen a la juventud la oportunidad de apropiarse en la historia de las posibilidades que se abren a partir de la sabiduría que destilan estos enormes fracasos. El Evangelio de Jesucristo plantea la exigencia de “buscar el Reinado de Dios y su justicia” (Mt 6,33), pero en el mismo horizonte de comprensión y de acción ofrece la propuesta de llevarlo a cabo sin el prometeísmo de los proyectos que históricamente han degradado al trabajo humano separándolo del amor y la confianza, y convirtiéndolo así en destructiva adicción y arrogante esfuerzo; hay un *carpe diem* cristiano: “No se preocupen del mañana, que el mañana se

ocupará de él. A cada día le basta su problema" (Mt 6, 34). El gozo –o el sufrimiento– de la vida hoy, es un valor indeclinable. Sin él la tensión hacia el futuro y la memoria del pasado deshumanizan.

La Postmodernidad, un milenarismo satisfecho de los ricos

Es preciso, además, valorar teológicamente ese "corazón del postmodernismo" que es la afirmación postmoderna del fin de la historia. No es Fukuyama, como él mismo reconoce, el primero en apelar al fin de la historia. Reconoce él que es de Hegel de donde recibió la inspiración para jugar con este concepto. Un concepto cuya realización Hegel mismo fechó en 1806 con la victoria de Napoleón en la Batalla de Jena (Fukuyama: 64). Antes aún los economistas clásicos Adam Smith y Ricardo *"asumieron"* las categorías de la economía política burguesa como los fundamentos de todo cálculo económico, rehusando ver la determinación histórica de sus puntos de partida y de sus premisas; y...asumiendo que, con la producción capitalista el desarrollo económico había logrado no solamente su más alta cima hasta la fecha...sino su conclusión final y su apogeo." (Morley...: 32). Piensa Stuart Hall que "siempre que se dice que esto es lo último que sucederá en la historia, esa es la señal del funcionamiento de la ideología en su sentido más estrecho" (Morley...: 134), es decir "lo que Marx llamó su efecto 'eternalizador'" (Morley...: 134), "la *eternalización* de relaciones, que son de hecho específicamente históricas" (Morley...: 33). Claro que el mismo Marx cayó en esa falacia cuando predijo la sociedad sin clases y el desvanecimiento del Estado como el signo de la entrada de la humanidad en un Reino de la Libertad sin ulterior dialéctica histórica.

Teológicamente lo que encontramos en el fin de la historia, "corazón del postmodernismo", es un milenarismo satisfecho con los resultados logrados por la humanidad...occidental, y en un sentido por la élite pensante, propietaria y ejecutiva de esa humanidad occidental –dicho según Gramsci, por sus "intelectuales orgánicos"-. El milenio apocalíptico (Ap 20,1-3) es, en cambio, una utopía que orienta la historia y la "reconstrucción...de la conciencia" (Richard: 190). Es además una utopía sin fecha cronológica, es un milenio simbólico, la última de las siete edades milenarias de la historia de la humanidad, semejante -en la lectura rabínica- al último de los siete días de la creación (Richard: 189).

Pero sobre todo es un milenio en el que las cosas acontecen desde el punto de vista de la Resurrección de los Mártires, es decir de la reivindicación de la Justicia, la reivindicación de aquellos que “no adoraron a la bestia ni su imagen” (Ap 20, 4), realizada por la presencia de Jesucristo Resucitado al lado de los mismos mártires resucitados (Ap 20, 4), es decir realizada trascendentemente, más allá de la capacidad de logros de la humanidad, aunque construida no sin el esfuerzo humano: “Que cada uno se fije en cómo construye. Nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, que es Jesucristo”, pero “la obra de cada uno quedará patente...y el fuego comprobará la calidad de la obra de cada uno” (1Cor 3, 10-11.13). Al contrario del milenio cristiano del Apocalipsis, y de todos los intentos milenaristas de la historia basados en él -Joaquín de Fiore y los pobrecitos de espiritualidad franciscana, los anabaptistas, los rebeldes del sertão brasileño, etc.-, el milenarismo del fin de la historia de los filósofos franceses postmodernos, de Francis Fukuyama o de otras élites occidentales, está fijado cronológicamente desde 1989 en adelante, y no tiene como punto de partida la incorporación al desarrollo humano de los pueblos excluidos y empobrecidos, de Africa, por ejemplo, o del Sur Asiático o de las profundidades latinoamericanas rurales o urbanas marginales sino la saciedad y la hartura de los ya ricos. Por eso ese milenarismo se asemeja a la peor de las blasfemias: la que se pronuncia contra la hermandad.

La juventud de Dios y las nuevas identidades postmodernas

Finalmente, la teología cristiana tiene algo muy importante que decir a la juventud, tentada por los aspectos demoníacos de la Modernidad, en su forma modernista o postmodernista. Tal vez una manera buena de decirlo puede ser una manera simbólica, iconográfica. Existe en el arte cristiano actual, una antigua representación de la Trinidad, basada en el pasaje del Génesis en que Dios llega a visitar a Abraham en figura de tres hombres, que le anuncian el fin de la esterilidad de Sara, su esposa, y, por consiguiente, la historia de su descendencia (Gen 18). Un famoso icono ruso de la Trinidad representa a estos tres hombres como jóvenes y así evoca la eterna juventud del Dios cristiano. Del Dios que “todo lo hace nuevo”, que renueva el universo (Ap 21, 5). Hablar de postmodernidad con el sentido de fin de la

historia, implica renunciar a lo nuevo, cerrarse a la juventud que siempre hace la historia de nuevo, que siempre explora e inventa, replantea y recrea. Los tres jóvenes que configuran la Trinidad del icono ruso llevan todos un cayado de caminantes. Aunque están sentados a la mesa de la hospitalidad que Abraham les ha ofrecido, tan distinta del rechazo que experimentarán un poco más tarde en Sodoma, están con el cayado en su mano, dispuestos a emprender el camino de la historia con los hombres. Dos de ellos miran hacia el tercero, aquel que se sienta a la derecha del que está en medio, aquel que desde su eterna juventud decidirá con sus compañeros “plantar su tienda entre nosotros” y hacerse, en el hombre Jesús de Nazaret, “Dios con nosotros”. La fe y la espiritualidad cristianas deben seguir buscando una manera de dar razón de su esperanza que mantenga firme e insobornable el compromiso de Dios con la historia humana. La única manera de hacerlo es manteniendo firme e insobornable nuestro propio compromiso con la historia humana, que lejos de finalizar en esta época de globalización, exige seguir construyendo un hogar para los pobres. Ninguna cultura o identidad nueva, y así tampoco las postmodernistas, pueden perder de vista que han de asumirse en alianza con la esperanza de los pobres que no puede perecer (Sal 9, 19).

Bibliografía

- Castells, Manuel, *La Era de la Información: Economía, Sociedad y Cultura*; Vol I “La Sociedad Red”; Vol II “El Poder de la Identidad”; Vol III “Fin de Milenio”, México, Siglo XXI Editores, 1999.
- Ellacuría, Ignacio, “El desafío de las mayorías populares”, en *Escritos Universitarios*, San Salvador, UCA editores, 1999.
- Fukuyama, Francis, *The End of History and the Last Man*, New York, Perennial, 2002.
- Harvey, David, *The Condition of Postmodernity*, Cambridge Ma & Oxford UK, Blackwell, 1990.
- Jameson, Frederic, “Postmodernism or the cultural logic of late capitalism”, en *New Left Review*, 146, pp. 53-92
- Klein, Naomi, *No Logo: El poder de las marcas*, Barcelona, Paidós, 2001.
- Mardones, José María, *Postmodernidad y cristianismo: El desafío del fragmento*, Santander, Sal Terrae, 1988.
- Morley, David y Kuan-Hsing Chen, *Stuart Hall: Critical Dialogues in Cultural Studies*, London and New York, Routledge, 1996.
- Richard, Pablo, *Apocalipsis: Reconstrucción de la Esperanza*, San José, Editorial DEI, 1994.